

DINERO, MUERTE E INTERCAMBIO SIMBÓLICO

Alberto Loschi

Si la economía brinda la historia del dinero, necesitamos inquirir por su "prehistoria", aquello que del dinero ha quedado sepultado. La "prehistoria" del dinero es lo que, en el plano de la vivencia, aparece como lo "actual" del mismo.

Por poco que profundicemos en 'la cuestión dinero', entramos de lleno en su enigma. Es algo que todos buscamos o anhelamos, pero al mismo tiempo 'está mal' hablar de él, mostrarlo. Es íntimo y público a la vez. Freud hablaba de la hipocresía con que nos referimos al dinero, pero las raíces de la misma resultan oscuras: ¿de dónde proviene el halo de 'mal' que rodea al dinero?, ¿de dónde la fascinación que ejerce?. Posee un 'maná' y está resguardado por un 'tabú'; no cualquiera puede acercarse a él y poseerlo. Pero al que sí puede hacerlo, le contagia su fuerza.

Alguien sufre un quebranto económico y se suicida. Otro gana la lotería y muere. ¿Qué ha ocurrido?. Creemos que nosotros, en tanto sujetos, somos los que lo ganamos o lo perdemos, pero en nuestra vivencia las cosas ocurren como si 'él' nos eligiera o nos abandonara. Actúa como una 'droga' que modifica el 'ánimo'. Sin embargo en ocasiones rechazamos esta fuerza del dinero, contraponiendo su puro valor 'material' a valores espirituales más elevados. Otras veces explicamos su fuerza remitiéndola a un significado: el dinero significa 'otra cosa'. ¿Pero qué otra cosa tiene ese poder?.

Después de lo dicho resulta extraño pensar que del dinero se haya ocupado fundamentalmente la economía. Las explicaciones que brinda la economía son sólo económicas, se encuadran dentro de sus postulados, lo cual hace que quede sin abordar algo que para nuestro tema podría ser un dato importante: ¿cómo es que surge la economía?, ¿qué da lugar a la economía?, en la que luego el dinero pasa a ocupar un lugar central.

Pero, cabe pensar que el dinero antecede a la economía. Si la economía brinda la historia del dinero, necesitamos inquirir por su

'prehistoria', aquello que del dinero ha quedado sepultado. La 'prehistoria' del dinero es lo que, en el plano de la vivencia, aparece como 'lo actual' del mismo.

Por su parte el psicoanálisis, al ocuparse del dinero, lo ha hecho remitiéndolo a sus significados simbólicos, o en su valor de significante (falo). Pero si las leyes económicas son insuficientes para entender qué cosa es el ser del dinero, ¿la ley del significante compensa ese déficit?. Señala Baudrillard (1) que las ideas de significado y significante están en un mismo nivel y son equivalentes a las ideas de valor de uso y valor de cambio, en economía. Y al dinero no puede entenderse apelando exclusivamente a esas leyes. Dice Bion (2): "Las causas de las fluctuaciones financieras tendrán que ser buscadas no sólo en el mundo racional de las finanzas, sino también en la persistente supervivencia de primitivas -y hoy ignoradas- raíces básicas- religiosas y tribales".

Las dificultades que plantea el abordaje de la naturaleza del dinero, en cierto sentido son semejantes a las que plantea 'lo somático' o la

cuestión de los 'afectos'. De qué habla el dinero?, qué 'memorias' guarda?.

El Intercambio Económico y el Intercambio Simbólico

Para poder penetrar en el misterio del dinero, y apelando a una metáfora temporal, es interesante pensar que la economía aparece en determinado momento. En esa especulación, encontramos que no siempre hubo relaciones económicas producto de 'necesidades naturales' que debían ser satisfechas, y que sólo cuando surge un pensar económico pueden entenderse. La idea de -necesidad biológica, natural-, a la que tan confiadamente otorgamos un crédito de 'objetividad', cabe entenderla como una especie de contenido manifiesto, una suerte de racionalización. La 'necesidad natural' aparece junto con la economía. Antes de la economía no había necesidades naturales, es luego cuando la idea económica de

necesidad, natural o biológica, se aplica retroactivamente como principio explicativo.

J. K. Galbraith (3), en su libro *Historia de la Economía*", comienza esa *historia* con la polis griega. Refiere también, aunque sin abarcar todas sus implicancias, que la acuñación de moneda por los lidios y el nacimiento del concepto en el origen del pensamiento filosófico, aparecen simultáneamente. Esta coincidencia en el tiempo tiene raíces más profundas, como luego veremos, que van a marcar la caracterización del intercambio económico e introducir con él, un cambio importante y complejo en el sentido del dinero, cuyo uso es previo a la economía.

Lo que caracteriza a lo económico es que se trata de un intercambio de valores positivos: un bien por otro bien, dinero por un objeto o por tiempo de trabajo, etc.. Ese valor positivo, en lo económico, se llama mercancía. 'Lo negativo', queda excluido del intercambio. Luego abundaremos sobre esto. Baste lo dicho por ahora, para marcar la diferencia con otro tipo de intercambio: el intercambio simbólico. Mientras lo económico queda caracterizado por la

exclusión de lo 'negativo', el intercambio simbólico implica e incluye lo que lo económico excluye.

Lo que circula en el intercambio simbólico no es una mercancía, es un don. Habitualmente se considera la circulación del don como una etapa primitiva de la economía, previa a la aparición del dinero. La economía del trueque. Sin embargo, enriquece poder comprender las profundas diferencias con lo económico, diferencias que a su vez nos introducirán en la 'prehistoria' del dinero.

El don no es algo que se pueda comprar u obtener a voluntad, es algo que se da. Es condición del don su gratuidad. Entre los primitivos se consideraba que darlo y recibirlo revitaliza y ofrece coraje para vivir. Marcaba una pertenencia al grupo que se sostenía en el intercambio. Otra condición del don, diferente a la mercancía, es que debe estar siempre en movimiento, no puede atesorarse, acumularse, o almacenarse como un bien. Sólo de este modo cumple su función y logra su efecto.

Estas y otras consideraciones sobre el don, en las que aquí no podemos extendernos, permiten comprender que su sentido

primigenio no respondía a supuestas 'necesidades económicas'. El don cumple en primer lugar una función religiosa y de organización grupal, siendo un derivado de primitivas ceremonias y rituales tribales. Para apreciar la fuerza que otorga la circulación del don, es importante comprender lo que constituye el núcleo del intercambio simbólico en las ceremonias rituales primitivas. Es allí donde mejor puede observarse que lo que caracteriza al intercambio simbólico no reside en el trueque de valores positivos.

Veamos cómo lo describe Levy Bruhl (4). Comenta que entre los primitivos, el nacimiento sólo tiene lugar durante los ritos de iniciación; lo que nosotros llamamos 'nacimiento biológico' no cuenta para ellos. En la ceremonia, se separa al futuro iniciado de sus padres, que así desaparecen como padres. Se lo introduce luego en ceremonias, crueles desde nuestra perspectiva, durante las cuales 'muere', y sólo más tarde 'nace'. Es dado a los muertos y devuelto. Recién a partir de allí se lo considera dentro de 'los vivos' y pasa a ser un miembro del grupo. Ser miembro del grupo equivale a existir. Pero es interesante comprender el sentido que adquiere para los

primitivos el empezar a existir, a formar parte de 'los vivos'. Alguien sólo vive cuando pasan a vivir en él los antepasados muertos. En las culturas primitivas, vivos y muertos, si bien se los diferencia, no están separados, conviven y mantienen intensa relación. Desde nuestra perspectiva podemos considerar que ese intercambio simbólico, mediado por ritos y ceremonias, brinda el marco por el cual es domeñado el incesto-parricidio y se accede a la exogamia. Pero lo que ahora nos interesa resaltar es ese intercambio con la muerte y los muertos: los muertos viven con y viven en los vivos. Se han interpretado los ritos y ceremonias de las culturas primitivas como expresión de rechazo, de repudio a la muerte. Cabe entenderlos en un sentido opuesto: las ceremonias incluyen la muerte en la vida social del grupo. Así, 'los vivos', lo son en la medida que dan vida a los muertos, y 'los muertos', lo son en la medida que 'animan' a los vivos. Sería impensable en un primitivo vivir separado del muerto. Se ha interpretado esto como animismo, como repudio al carácter 'real' de la muerte. Pero eso es válido únicamente desde nuestra lógica, que establece un tiempo lineal en el que se ordenan

los fenómenos; y el primitivo no vive en un tiempo lineal. Si consideramos en cambio un tiempo circular, del eterno retorno, como describe Mircea Eliade, la que resulta extraña es nuestra creencia donde los muertos desaparecen. Es a partir de la exclusión de la muerte y la proscripción de los muertos, cuando la muerte queda prohibida(sin retorno), que se pasa a una lógica lineal donde el intercambio simbólico es sustituido por lo económico.

El intercambio recíproco vida-muerte, donde la muerte se incluye en la vida y la intensifica, es lo que caracteriza lo simbólico. La muerte no está separada de la vida, no aparece como su fin, se intercambian en un ciclo incesante. En el ciclo no hay tiempo lineal, por lo que tampoco hay idea de origen o de fin. No puede haber vida sin la muerte correspondiente que la devuelva al ciclo. El vivo y el muerto, lo mismo y lo otro, circulan e intercambian. Este movimiento de lo simbólico pasa luego a transmitirse por el don, que no es propiedad de nadie, ya que sólo ejerce su función en tanto circula.

El intercambio simbólico es la integración de lo diferente, se sostiene en tanto los términos ambivalentes: vida-muerte,

amor-odio, masculino-femenino, etc., estén en permanente intercambio.

Hoy ya no vivimos en la circulación del don. El intercambio simbólico, con su 'lógica' circular y finita, ha quedado desplazado por el intercambio económico, con su lógica lineal e infinita. Pero no por ello 'la ley' de lo simbólico desaparece; su inexorabilidad sigue activa configurando lo inconciente. Y las 'memorias' del intercambio con los muertos también se conservan: 'hablan' en el dinero.

Aunque excede los límites de este artículo, podría ensayarse un estudio que relacionase los ritos primitivos, como las ceremonias de iniciación, con la función que hoy cumple el dinero.

Desde una perspectiva psicoanalítica, el dinero no participa en el desarrollo del complejo de Edipo, tampoco, como dice Freud, forma parte de los deseos infantiles, más que secundariamente. La fuerza y la importancia del dinero creemos poder encontrarla en su relación con la muerte. Si tuviésemos que dar una figura que nos oriente en la tarea de seguir las vicisitudes del dinero, esa figura sería el "muerto".

Encontramos una relación entre el dinero y la muerte que nos insta a profundizar en ella. El dinero sería así, 'la morada de los muertos'. Y es desde ese núcleo que extrae su poder.

El Dinero y El Muerto

Dice Needleman (5) que la primera modalidad del dinero, mucho antes de la aparición del sistema monetario, era la de un alimento, compartido por los miembros de una comunidad unidos por lazos de fraternidad.

En su origen, el dinero carecía de relación con el comercio, porque no había comercio. El dinero aparece asociado a los ritos como un modo de comunicación con los muertos. Surge, tal vez tardíamente, en la época del intercambio simbólico, consistiendo en 'algo' que debe ser comido en tanto 'alberga' al muerto. Encontramos hoy, restos de estas ceremonias en las religiones, siendo un ejemplo bastante directo la eucaristía, donde singularmente, la hostia ya

presenta en su forma a una moneda (representando la carne del que fue entregado al sacrificio por treinta monedas).

El dinero fue luego cambiando de sentidos, y es particularmente interesante constatar los hechos que fueron acompañando estos cambios de sentido.

La complejidad del tema va a atentar contra la claridad de la exposición. En razón de ello adelantaremos un esbozo de una suerte de genealogía del dinero, en la que luego ahondaremos.

En primer término, el dinero aparece como aquello que guarda al 'muerto' y comerlo era restituirlo al grupo, sosteniendo el intercambio. La inclusión de la muerte, a través del dinero, marcaba una pertenencia, una afiliación.

Fue más tarde, coincidiendo tal vez con la acuñación de moneda, que el dinero pasó a ser un medio por el cual se establecía una distancia con la muerte, invirtiendo su sentido original. Este uso, jamás hubiese sido concebido por un primitivo y señala cambios de difícil reconstrucción que están en el origen de nuestra cultura económica,

marcando el momento donde aparece lo económico por sobre el intercambio simbólico.

El Pasaje de lo Simbólico a lo Económico

Hoy, desde una lógica lineal, lo simbólico es indistinguible de lo económico. Tenemos una comprensión económica de lo simbólico. Por ejemplo, en la concepción lacaniana, el orden simbólico es lo que separa al hablante de lo real, produciendo una falta. A lo real no le falta nada, es el orden simbólico lo que **produce** una falta. Ese resto, lo imposible, tiene que ver con el objeto a, causa del deseo. Esa falta, ese resto, queda confinado a un más allá, el infinito de la línea. La falta que lo simbólico **produce** en lo real, queda obturada por lo imaginario. Pero esa falta, esa nada, no se integra, está siempre más allá. Es la exclusión de la falta, de la nada, que pasa así a sostener la estructura simbólica.

Del mismo modo, lo económico produce una falta, una necesidad, segrega un resto, una nada y por otro lado establece un bien que la conjura. Esto sólo tiene sentido en la lógica lineal. Así como es el significante el que siempre está en falta, produciendo un resto; también lo económico deja un resto que ningún bien disuelve. Ambos órdenes (o son uno?) se sostienen en la exclusión de la nada, que entonces aparece como falta. Pero cabe poder revertir el sentido de lo simbólico: de ser lo que **produce** una falta, una nada, pasaría a ser lo que introduce la falta, recuperando la nada. El intercambio simbólico incluye la nada y pone fin a lo real, sin dejar restos. Nos parece interesante introducir en el pensamiento psicoanalítico esta otra consideración de lo simbólico.

Veamos entonces, con más detalle, cómo aparece lo económico. J. K. Galbraith afirma que el **concepto** y la **moneda** nacen juntos, y nosotros, con Baudrillard, agregaríamos: y eso coincide con la **exclusión de la muerte**, que pasa a ser un 'resto' y confinada a un más allá. El pasaje de lo simbólico a lo económico puede caracterizarse desde esos tres hitos.

La *acuñación* de un concepto, que fija una identidad, implica pulir y omitir 'diferencias', excluir lo que no es, lo diferente. El concepto resulta un artilugio logrado por simplificación y abstracción, que pasa a la circulación ocupando el lugar de la diferencia, ese 'resto' que excluye.

Con el surgimiento del concepto coincide la represión de la 'muerte', lo diferente por excelencia. Podemos decir que nacimiento del concepto y represión de la muerte se coimplican. La 'verdad' del concepto sólo se sostiene en una 'mentira': que la 'muerte' está separada. Establecer el concepto es establecer al mismo tiempo su doble discriminado.

La acuñación de moneda, tiene un sentido semejante, borra las diferencias de cualidades, y en principio, todo puede reducirse a una cantidad de moneda, que es apta así para la circulación universal. Parafraseando a Marx podemos decir: el concepto es la moneda del pensamiento. La circulación ahora puede ser universal, pero se da sólo entre valores positivos manteniendo excluida 'la muerte'. Así se entra en el período económico.

Un significante puede remitir a uno o varios significados o intercambiarse sobre una línea de significantes. La moneda puede usarse (valor de uso) para adquirir uno o varios bienes o intercambiarse con otras monedas (valor de cambio). En esta circulación siempre queda un "resto" **-deseo-** que no se puede saldar **-deu-da-culpa-** y que impulsa a resolverse en más significantes o en más moneda. La circulación mantiene su 'lógica' siempre que se de entre valores positivos. Lo único que amenaza interrumpirla y resolver ese resto, es la 'muerte', pero la 'muerte' ahora como final.

En el intercambio simbólico vida y muerte no se excluyen, se interpenetran e intercambian en su diferencia. La muerte intensifica la vida. Podemos pensar que esa es la fuerza de lo simbólico. Aquí, simbólico, quiere decir que lo que **es** y lo que **no es** van juntos. Por supuesto no rige el principio de identidad. En lo simbólico, vivos y muertos conviven. Por supuesto esto no es realidad. Es la identidad del concepto, que separa lo que es de lo que no es, la que introduce la cuestión de la realidad. La **realidad**, como la economía, aparece al separar vida-muerte. La **realidad**, como la economía, se funda con la

represión de la **muerte**. Vida / Muerte quedan separadas y se establecen dos mundos: “el real” y su doble imaginario. En lo económico, ‘la realidad’ de la muerte es el doble imaginario de la vida. Y la realidad de la vida es tal mientras la muerte esté en otro lado. Separación de los muertos en el espacio y de la muerte en el tiempo.

Esto es lo que caracteriza al período económico, de la economía política y de la economía psíquica. Es en este momento cuando el dinero, merced a su origen, puede pasar a ocupar el lugar dejado vacante por la ‘muerte’. Apareciendo ahora, en calidad de fetiche, como conjuro de la muerte. Ya no es el dinero en su sentido simbólico, sino en su valor económico. El dinero ocupa el lugar de la muerte y puede cuantificarla. Es cuando aparece la moneda. Se pasa así a un segundo período, donde toda pérdida, en primera instancia de la vida, debía ser compensada en dinero. El dinero ocupando el lugar de lo perdido, el lugar de la ‘muerte’; pero ahora para mantenerla separada. Así refiere Bion (2) estos cambios en el sentido del dinero: “El dinero fue utilizado primitivamente como un modo de

comunicación en la práctica religiosa, comunicación entre seres corpóreos, los vivos, y otros, los muertos, como los espíritus guardianes de Ur. Más tarde fue usado por los anglosajones como wergeld o indemnización para resarcir por la pérdida de vida o sangre, y como compra de una esposa para resarcir por la pérdida de una doncella por parte de un grupo. La conveniencia de éste método de comunicación, análoga a la conveniencia del lenguaje, lo hizo luego apto para servir los fines de intercambio y comunicación en el comercio”.

Los Honorarios en el Análisis

Abordemos ahora, en relación a lo expuesto, la cuestión de los honorarios. Qué paga el paciente y qué cobra el analista con los honorarios?

Entendiendo ‘muerte’ como incesto-parricidio-castración, y a la luz de las con-sideraciones anteriores, se abren vías para poder pensar el

sentido del dinero en el tratamiento. El dinero conserva 'memorias' de las distintas relaciones que ha ido estableciendo con la 'muerte'; por ello puede decirse que de acuerdo a la idea de dinero que tengamos será la idea de 'muerte' que encontremos, y viceversa.

A grandes rasgos, y considerando la fabulada genealogía a la que hicimos mención, podemos incluir los distintos estratos de la misma en los honorarios.

Reconocemos el plano donde el dinero se considera en su valor de uso; se paga por algo: interpretaciones, tiempo de sesión, servicio prestado, etc.. Acá el psicoanálisis es mercancía. En continuidad a su valor de uso está el dinero en su valor de cambio; sustitución por equivalentes: heces-pene-niño, en última instancia el falo. Todo esto corresponde a lo económico, el intercambio se da entre valores positivos, y el dinero es acá aquello que pone distancia de la 'muerte', lo que la mantiene separada. Es el dinero como conjuro de la 'muerte'. Se mantiene la represión fundamental. En lo económico, la 'muerte' queda interdicta y se impone la necesidad de un mediador, el que se apropia de la 'muerte'. Acá el analista es el

'sacerdote', su poder surge de esa disyunción, que él mediatiza, y se mantiene mientras la 'muerte' quede diferida . En este nivel, los honorarios son una medida del poder del analista, poder que se sostiene en tanto actúe como garante de la exclusión de esa 'muerte', que pueda sostener ese suspenso de 'muerte'; el dinero paga esa 'muerte' separada.

Al excluir la muerte, se paga la ruptura del intercambio con angustia de muerte. La deuda es inevitable e impagable; la culpa inconsciente aparece en el lugar de esa ruptura. Pero, con este poder, el analista es un gigante con pies de barro: la muerte termina burlando la represión, porque la ley del intercambio simbólico sigue vigente de todos modos, y aparece lo trágico, se disuelve el poder del analista y los honorarios junto con el tratamiento. Ninguno de estos niveles es específico del psicoanálisis, ni basta para explicar la condición de analista. Los encontramos también en otros tratamientos y en otras instituciones.

Pero, más allá del universo económico, ¿tiene sentido hablar de honorarios?. Fuera de la economía, ¿qué pagan los honorarios? La

economía, ¿domina también en el análisis? La respuesta, que recorre todo este escrito, es que sólo más allá de 'lo económico' los honorarios encuentran su lugar como elemento princeps en un análisis. A la lógica económica, lógica del falo que conjura la muerte, subyace la lógica del intercambio simbólico, que implica la muerte como término de intercambio. Y las reglas de este intercambio siguen rigiendo, configurando 'lo inconsciente del dinero'.

En lo simbólico, los honorarios implican la inclusión del 'muerto', es rendirle 'honoros' al 'muerto', pero no en un sometimiento masoquista como puede serlo desde una significación establecida en el plano de lo económico.

La antropofagia del primitivo (1), en nuestra interpretación, tiene un sentido simbólico: no comer el muerto es quebrar el intercambio, excluirlo y excluirse de la circulación simbólica, es un crimen y crea una deuda-culpa-, es dejarlo en calidad de cadáver: un muerto real con su doble imaginario, un 'alma en pena' persecutoria. Comerlo es disolver el cadáver, hacer 'nada' del muerto real y su doble fantasmático, es restituirlo a la circulación simbólica; comerlo es un

honor que se le hace. Marca una pertenencia, una afiliación y una relación. Decíamos antes que la primera modalidad del dinero era la de algo que albergaba al muerto y debía ser comido por el grupo creando un lazo social (5). Pagar los honorarios sigue siendo disolver el 'muerto', suprimiendo la disyunción de los términos antitéticos: vida-muerte, masculino-femenino, amor-odio, unión-separación, dependencia-independencia, etc.. Lo antitético, en tanto circula, sostiene el intercambio simbólico. El no pagar los honorarios muestra la fractura de lo simbólico: pone en evidencia lo real, el cadáver, que presenta al 'muerto sin levantar'.

El pago de honorarios es un 'acto' central del análisis cuando lo incluimos en la perspectiva de lo simbólico. El pago de honorarios, como el orgasmo, es el punto culminante en el que se incluye la 'muerte' como término de intercambio. Momento que es tomado y repetido en la interpretación. El pago de honorarios, más allá de sus significados y su valor económico, sigue siendo 'comerse al muerto'. Núcleo del acto analítico, cuya operación pone fin al topos de la realidad cadavérica y al topos de lo imaginario fantasmático, para

recuperar el utopos de lo simbólico, el 'no lugar' donde el análisis se da.

Bibliografía

- **Baudrillard Jean** *El Intercambio Simbólico y La Muerte*
- **Bion W.** *Seminarios de Psicoanálisis*
- **Galbraith J. K.** *El Alma Primitiva*
- **Levy Brull L.** *Historia de la Economía*
- **Needleman J.** *El Dinero y el Sentido de la Vida*